

Sady Zañartu

El vagabundo del espejo



UANDO Miguel Contreras se anudó al cuello la chalina, extrajo del bolsillo un espejo pequeño, como un disco de plata, lo pesó en sus manos curtidas, y el reflejo corrió por los muros sucios del cuarto. Se entretuvo en jugar con el rayito captado, de una sombra de sol, casi milagrosamente por la ventana, y de seguir la persecución de saltos sobre la luz de un gato negro que acababa de penetrar por la puerta, con la misma fascinación del animalito.

Cautivado por la lumbre errante cegábase los ojos, queriendo extraer el diamante de luz, o la dejaba escurrir de sus manos, igual a su pensamiento por esos rincones torcidos del alma. Nada producía en Miguel una más fantástica sugerencia que el pedazo de espejo que siempre llevaba consigo, y en el que contemplaba su rostro con remilgos y muecas. Ni mujer, ni amigo, ni perro le habían sido más fieles en las vagancias por América. En las cuevas de los cerros chilenos, tirado a

la sombra de un ombú en la pampa, en los malecones de los puertos del Pacífico, durante las horas interminables de espera en los paraderos de trenes, sentado en el banco de alguna plaza destartalada, en las horas en que el mundo no oía su voz de angustia, Miguel era atraído por la luna alucinada del espejuelo. Sacábalo de un monedero, cerca del corazón, y se ponía a monologar, con sus ojos de zorro, malignos y brillantes, que veían a larga distancia el humo de la vivienda acogedora, como los indios las fogatas de los tambos, a través de cumbres y serranías. Algunas nubecillas rojas que manchaban sus pupilas amarillentas, recordábanle los solazos de la pampa calichera y los caldos gruesos de las viñas; cuando fruncía el ceño, las cejas espesas le daban fiero aspecto de bandolero montañés; pero, si sonreía, el alma generosa asomaba por su boca, de dientes de perro. El pasado revivía en su imaginación a través del espejo. Sacaba del pecho unos suspiros que, al echar su aliento sobre la luna, la empañaban por largo rato, hasta que el rostro de Miguel volvía a recobrar los rasgos toscos y herméticos. ¿Cuántos antepasados suyos buscaban su imagen, queriendo precisar en su fisonomía huellas del patrimonio? ¡Vaya a saberlo el que nunca conoció a su padre y en la mocedad lo tuvieron por «huacho»!

El soliloquio se desvanecía, y empezaba a sobar con sus dedotes las facciones, extraños masajes de modelador de arcilla, que tiraba la nariz chata y granujienta, las mejillas acangrejadas y los pocos pelos ralos de la barba. Sus ojos achicábanse como los de un japonés, y, sin

querer, de esos tanteos surgía el mascarón del antecesor.

—Estás viejo y feo, Miguel—terminó por expresar en voz alta, desconfiado—¿No te has visto esas patas de gallo? Eso te pasa por irte lejos, por ambicioso... fuiste vaporino hasta California... tienes en tu cuenta la vida de un náufrago que salvaste de la barra en Antofagasta cuando eras botero, y un bochinche con yanquis en Colón, donde escapaste jabonado... Has hecho maromas en un circo... Has tenido en las rodillas a una cubanita más linda que el lucero... Y todavía no puedes sentar cabeza... ¡Qué le vamos a hacer! El que nace chicharra tiene que morir cantando... no más!...

Dió vuelta el espejuelo y los recuerdos ayunos se despabilaron.

El niño que poquito a poco le salía, quedóse manipulando las bolitas rojas y blancas que en la tapa posterior circulaban entre el vidrio y el grabado del fondo de un payaso, con oyuelos en los ojos y en los dientes, hasta colocarlas en su sitio, una a una. Miguel dió en el blanco más rápido que otras veces. Después de guardar el espejuelo mágico salió a la calle.

Quedó sorprendido de la diafanidad del aire. Desde que llegó, sólo había contemplado una atmósfera nebulosa y triste. Era un contraste desusado frente a las masas blancas de nieve que lo rodeaban. Recordó otros cielos más claros, más tónicos para el pobre, y donde las perspectivas de una risueña esperanza quitábanle de encima muchas penas. En Río de Janeiro pasaba días

enteros en las playas, en un abandono consentido, sin afligirlo las preocupaciones, frente a la naturaleza arrulladora; en cambio, en Buenos Aires recorría las calles, sin chapa en el bolsillo, espoleado por el tráfago de la urbe. Soportaba el hambre pero no el apuro violento de caminar, que lo obligaba a correr al atravesar la calzada. Para él las calles en las ciudades grandes ya no servían. Prefería que lo voltease el pampeano en camino abierto; encontrarse con una potrada disparada hacia la tierra libre, campo afuera, antes que dejarse arrollar por 40 ó 60 caballos que juntos se vuelven H. P. Si el mundo se le iba haciendo chico, todavía le quedaba el polo sur, aunque tiritase de frío como en este pueblo patagón, porque al menos su naturaleza vagabunda tenía la compensación que no se compra con ningún dinero. ¡Allí estaba la Tierra del Fuego, donde erraban seres libres y bandoleros, riéndose de los pilotos fronterizos!

Miguel Contreras salió del Plata contratado para Río Gallegos, y prefirió a la dura vida de los frigoríficos, vagar por las calles vendiendo latas de parafinas. El amaba esa independencia, aunque el Cónsul lo tuviera por un «pata rajada». Nada de raciones medidas ni de camarotes para dormir. Nada de trabajos forzados, como en los penales. En esos enganches se asfixiaba; le faltaba espacio. ¿Cómo dar a conocer el tesorillo de ternuras que escondía su noble pechazo? ¿De qué le servía ser señor de recados fieles y dar al cielo las manos ganosas si tenía encima el ojo vigilante del capataz?

No olvidaba que, siendo muchacho, para verse libre

de ese continuo celo, huyó de la casa de su madre, y que, desde entonces, un curioso pudor enfriaba sus actos afectivos, como si cayera sobre ellos, de cuando en cuando, un poquito de nieve cordillerana. Lo creían hombre de cáscara amarga, cuando solamente en la cáscara tenía su amargura. Había que mirarlo por dentro. Sus virtudes afloraban como en los lavaderos las pepillas de oro. Por haber perdido el gusto al moscatel era sombra de su sombra, sin chispa ni para requebrar a las buenas mesas, pues sus palabras no le obedecían y sus gestos se desmayaban en una cobardía inexplicable. Los trancos de experiencia por otras tierras no habían extinguido aún esa apatía, y si alguna lágrima emborronábale la mirada y daba a sus palabras un color desesperado, rápido las hacía desaparecer detrás de una tos o de una fingida carraspera, porque desde niño sabía aquello de que «los hombres no deben llorar».

Claro que no se amilanaba por pequeñeces y no era suya la culpa de que en un trabajito se descompusiera más lo que iba a arreglar. ¿Qué pedía un adelanto? ¿Qué no salía un día a trabajar? ¿Qué se bebía lo que ganaba? ¡Injusticias humanas, como llamarlo «pata rajada» por no haberse quedado en los frigoríficos!

A Miguel no le gustaba apolillar cobres en ninguna parte de la tierra. La vida esclavizada de esos gringos de las estancias—que le ponían por ejemplo—no merecía la pena de vivirse. El dinero en el bolsillo le cosquilleaba para cosas más gratas que estar a prueba de

dureza física y moral. Los billetes juntos le producían un vértigo que acaso fluía de algún silo del alma.

—¿Ahorrar? ¿Pa qué? Hoy día es la mala, mañana será la buena. Los compañeros que hacen plata se convierten en explotadores. Los pesos son pa gastarlos.

En el fondo, era su ansia de realizar algo que no aparecía escrito en los libros ni brillaba en los palacios de los ricos. El estaba seguro que de esos arrebatos, en que perdía el sentido, nacería lo grande y heroico, capaz de elevarlo sobre el nivel de los mortales. Para esto se fortalecía en su fe tosca y milagrera.

—¡Déjenme solo y saldré con la mía!

Lo único que a Miguel indignaba era la mala voluntad del Cónsul para los compatriotas andariegos.

—¡Fíese de los representantes de la patria! ¿Acaso valen más cien letrados que un roto trotamundos? No porque las pilchas estén viejas uno se acerca al Consulado a pedir plata no más! Yo sólo me contento con que me recomienden pa cualquier trabajito, y en vez de poner caritas pregúntenme lo que no sé, porque soy bastante hombre pa decir la purita verdad. Nunca falta en una casa algo qué hacer: limpiar un cañón de cocina, componer un reloj, encerar un piso, colocar un vidrio, podar un arbolito, y hasta afinar un piano, porque también he sido filarmónico en mis buenos tiempos—refunfuñó recordando unos años felices pasados en las canchas del salitre.

Había amanecido con la garganta seca: lo peor que podía sobrevenirle en medio de sus penurias, porque,

en estas regiones, no lograba hacerse el desentendido como en otros lugares donde las pasaba «al seco». Era el único inconveniente que le encontraba a la vida patagónica. El frío se soportaba, pero el cuerpo exigía algunos tragullos parecidos a esos piscos de Elqui o a un vinillo delgado de Itata, de inocente presencia, que se pudiera tomar hasta ensordecerse. Este deseo venía de adentro, como si el jugo mareante de la uva le fermentase de nuevo, en el pensamiento, cálido y turbador. Su sed de exilado era de ese caldo bendito, cuya virtud consistía en llevarse los achaques del pobre. Paladeaba como un niño su maternidad embriagadora. ¡Ni para soñarlo! ¿Qué sacaba con atormentarse?

Pero en el camino Miguel tuvo un escalofrío. En el boliche del chilote Pérez divisó flamear la bandera de la patria.

—¡Hei tá! ¡No había caído! Me estoy desmemoriando... ¡si es Dieciocho, por Diosito!—exclamó, tomándose la cabeza a dos manos.

Sacó el espejuelo.

—¡Vamos, un relaucheíto! ¡Ni niña bonita!—dijo irónico.

Y antes de aparecer en la puerta subió los hombros y levantó pecho para darse importancia.

No supo explicar su emoción cuando el chilote Pérez lo abrazó: —¡Adelante, don Miguelillo! Al alba le esperamos pa irle a tocar la diana a mi Cónsul. ¿No le pasaron recado?

—¡Nadita!

—Pu hace treinta años que no me olvido de darle esta tocata a mi Cónsul, con todos los niños. ¡Oiga! ¡Lo hago por la representación no más! Aquí pa los chilenos no hay más autoridad ni más Cónsul que yo! Ven-ga a ponerle la jeta a este «potrillito»!

—¡Qué estoy soñando!

—¡Psh! Despierte entonces paisano...

A Miguel que ni le hubieran adivinado el pensa-miento. Dió un paso como vencedor.

—¡Si no fuera por el chilote Pérez, los que venimos de los trópicos nos moriríamos de frío por dentro y por fuera.

—¡Atrácale el bote no más!

—¡Deje que lo mire! Hacía tanto tiempo que no te veía en el vaso madre. ¡Quién se crió con tu caldo! ¡Quién te soñó en la ausencia!

Se reía solo, diciendo despachurratadas.

—No se me ponga nostárgico—dijo el chilote Pérez.

Miguel tragaba entre risotadas feroces.

—¡Deje un poquito a los paisanos!—alguien aludió a la desaparición rápida del vino.—¡Cha!, el resuello largo!

Pero Miguel se había visto en el caldo rojo como en la luna de su espejo, y bebía su mismísima imagen con ansias de olvidar el mal rato de vivir. Nunca su gusto se unió a la acción con más fervor y violencia. Creía recobrar la sangre generosa, perdida en sus va-gancias, y que había de nutrirle poniéndolo vigoroso y decidido para nuevas empresas.

Cuando salió a orearse del boliche, sentía los pies livianos, y la felicidad, que trasudaba de su cuerpo, lo hizo efusivo y espontáneo. Ya no recordaba el tiempo que estuvo dentro, ni si hubo boche, o si lo despidieron. A Miguel le parecía que caminaba en la ciudad como por una viña vendimiada, y que era el gran señor de la calle a quien los transeúntes debían acatamiento. Su cabeza daba vueltas de carrousel y de adentro escapábase una fiesta de pájaros habladores. Dos delicadas niñas que pasaban a su lado se llevaron el primer canto. Les tiró un beso. Fué un chasquido largo y sonoro.

—¡Pa las dos, mi hijita, pero no peleen! . . .

Eructó satisfecho de su genio y siguió la dificultosa marcha.

Iba por la calle principal. Era una arteria ancha, de varias cuadras de longitud, y sus esquinas formaban por ambos lados pequeñas callejuelas como vértebras de aquel gran espinazo.

El cielo azul vaciaba una transparencia sobre las casas de madera, que las aumentaba de tamaño, quitándoles el aspecto de juguetes y aun duplicándolas en su imaginación. En torno suyo pululaba una muchedumbre regocijada y agresiva, a la que se vanagloriaba de mantener en un solo puño. Cada tranco se convertía en una interjección de asombro constante que lo hacía acrecerse hasta sus héroes:

—¡Balmaceda! . . . ¡Qué hombre! . . . ¡Pancho Villa! . . . ¡Qué hombre! . . .

La voz salía entre hipos de su garganta enronquecida, seca y precisa.

Se sujetó a un farol, y seguro de no caerse, extrajo del paletó una botella de vino, apretándola contra el pecho. Le hacía cariños como a una criatura, con dengues y arrumacos. ¿Cómo llegó a su bolsillo? El mismo asustóse del escamoteo, no por su valor sino por el resentimiento del chilote Pérez. Y le entró una pena.

—¡Si soy mal agradecido! Me la hacen con trago y a la descuidada me traigo esta Santa Rita reservada... Es la mala cura... aunque yo tengo de las mejores... Ha sido por jugar no más... ¿Qué es una bottellita pal boliche? ¡Hei tá! ¿Por qué le ponen nombres de santos a los vinos? ¿A que no saben ustedes? Pues yo les voy a decir... Es pa que nos vayamos más ligerito al cielo... ¿Ven?... Yo... ya... quiero volar...

Y empezaba a dar grandes saltos y a aletear con los brazos. Sentía Miguel las piernas envueltas en torbellinos que lo levantaban de la tierra soplándolo como plummilla de nieve. Devoraba alas al viento dando tumbos por el medio de la calle, entre las carcajadas de la muchedumbre. Su chalina roja batía las puntas de borlones que caían sobre la espalda como una carnada de zorros; el pequeño sombrero de paño negro parecía un solideo en la cabeza desmelenada, y sus botas, bien podrían ser las de siete leguas por lo grandes que calzaban.

No se dió cuenta cómo saltó de su bolsillo el espejuelo y rodó por la calle, vertiginoso, captando la lu-

minosidad del día. Corrió tras el disco, en medio de la espectación de la gente, como si persiguiera la felicidad misma. El espejo, a cada inclinación suya para atraparlo, se escurría y seguía rodando tal si se burlara de su afán. También tenía alitas que lo suspendían en el aire como una lentejuela de sol. El esfuerzo de la carrera enturbió su vista con los vapores del vino . . . y ya no lo veía . . . Algo, sin embargo, rechinó bajo sus botas y dió con su cuerpo en el suelo. Medio se incorporó. Por algunos minutos quedó sentado, con las piernas estiradas, sin atinar a comprender bien lo que le había ocurrido.

Al fin reaccionó, burlón:

—¡Hei tá! ¡Compré sitio! Chita, ahora soy estanciero! . . . ¿Qué me icen, niños?

Pero al acordarse del espejo empezó a buscarlo en torno suyo, hasta que sus dedos tropezaron con algo áspero que le clavó como agujetas: eran trocitos de la luna hecha añicos en el marco de metal.

—¡Mi mala pata! ¡Perro chuncho! . . . ¿Qué me va a suceder ahora?—exclamó con la corazonada del supersticioso que sabe que un espejo roto trae desgracia.

Y se echó a llorar a gritos, con un llanto destemplado que se le quebraba en la garganta; toda su jocunda alegría de antes se trastocó en profunda pena; gemía como un niño, desembuchando grandes hipadas y sollozos, con las manos en la cara, enjugando con el dorso los gruesos lagrimones que le inundaban las mejillas, sin soltar la botella de vino que había librado en la caída apretándola contra el pecho instintivamente.

Poquito a poco se fué consolando. Ya no hablaba solo ni se lamentaba. Sus ojos no se movían de la botella cuya etiqueta descifraba como si fuera un jeroglífico.

—Es Panquehue reservado... no... no... apuesto que es... Casa Blanca... ¡Psh!... es puro Santa Carolina corriente... ya ni me acuerdo cuanto pagué por esta botellita... ¡Preciosura!...

Y la acariciaba sobre el pecho.

La multitud lo había dejado solo.

Se levantó penosamente.

Tranco a tranco llegó a las afueras del pueblo. Ni un rumor se sentía en las peladas lomas. Sólo su sombra proyectada en la nieve, le acompañaba en la marcha errante. El paisaje era desconocido para Miguel Contreras, pero no le llamaba la atención. ¡Si parecía la pampa con sus montículos de salitre recién sacado de las bateas! ¡Qué novedad! Anduvo hacia unos corrales de caballos por los que dió un rodeo que lo condujo a las barrancas del río. Desde una altura vió las aguas laminadas.

—¡Por Diosito!—gritó. ¡Ay, mi espejo ya lo encontré!

Y loco de alegría corrió desenfrenado hacia el ribazo.

—¡Mi espejo!... ¡Mi espejo lindo!...

En su borrachera lo veía refulgente como una sola gran mancha de azogue. Llegó al borde del río por la arena blanca. Se acercó andando a gatas, y pasó sus manos callosas sobre el agua fría y brillante.

—¡Y se quedó estático, mirándose el rostro en las aguas quietas como si se volviera a encontrar a sí mismo! Se fué dando confianza y sonrió. Hízose varias muecas burlescas, sacando la lengua.

—Estas feo, Miguel Contreras!... Ningunita mujer te va a querer...

Y de rabia tiró el sombrero al agua viéndolo hundirse lentamente.

Después pensó que podía pasar el río usando las alas que tenía para volar.

Levantó la botella de vino en alto:

—¡A ti, primero, pa que me sirvas de mástil!

Y echó un pie sobre las aguas pero se detuvo, chistoso:

—Me parezco a San Martín!...

Volvió a meditar unos minutos, como lo hacía frente a la luna de su espejuelo en los momentos de azarosa indecisión. En ese fondo infinito estaba su ansia inconfesada de hombre: las penas y deseos; lo que no podía expresar ni realizar por falta de medios materiales. Era el cielo de sus andanzas, el mismo de todos los países que había recorrido, con menos o más azul, pero el mismo cielo del espejo alucinado.

Y empezó a penetrar en el agua como si se resbalara por la lunita amada, hacia un mundo nuevo. Llevaba la botella levantada como bandera de aquella aventura única. Sintió que sus miembros se helaban. Diéronle deseos de volver pero no pudo: el agua iba subiendo y le alcanzaba la cintura. Una fuerza extraña lo empujaba a

atravesar el río. Entraba por fin al palacio que le negaban los hombres y que tenía en el vértice de sus cúpulas, esmeraldas enormes que brillaban como fanales. A su encuentro salían mujeres más bellas que las que viera desnudas en un teatro de La Habana, formadas como en una revista militar, para llevarlo hasta el trono de oro cubierto por un dosel bordado de perlas. Las sirenas portaban espejos pulidos que resplandecían como brillantes. Miguel contemplaba su rostro, lleno de juventud arrebatadora, cuyo color rivalizaba con la eternidad de la piedra. En su diestra sostenía, para siempre, el cetro del poder sobre el mundo que había recorrido “para que no le contaran cuentos”.

Al día siguiente llevaron la noticia al boliche del chilote Pérez, de que en el río, se veía un brazo rígido que denotaba la presencia de un ahogado. Acudió con policía a verificar el extraño denuncia. Enfangado bajo el agua ribereña, encontraron el cadáver de Miguel Contreras, cuyo brazo, semi petrificado por el frío, sostenía aún la botella, sin destapar, de su aventura posterior.